



roberto acebo
tan sin mí

tan sin mí

1° Premio Concurso de Novela y Cuento

“Legislatura de la provincia de Salta - 1997”

*Organizado por la Comisión Bicameral Examinadora de Obras de
Autores Salteños y Cooperativa de Trabajo Grafico “6 de Febrero”
Ltda.*

I.S.B.N. 950-9834-91-2

Hecho el Depósito legal

Impreso en Argentina

roberto acebo
tan sin mí

Posibilidad

En este antiguo circo donde la risa es pequeña
pausa
entre mil llantos
hasta los equilibristas más experimentados
rinden tributo a la ley de la gravedad
Sólo escapa a la fatalidad de la caída
el que desecha la cuerda y camina en el aire
Su cabeza es una montgolfière cargada de utopías
Su corazón un fueye atizando el mañana

Que nadie desde la platea como es costumbre
dispare su fusil cuando él se eleve
Es posible que llegue al techo de la lona lo perforo
y encuentre finalmente la salida

Teresa Leonardi Herrán

Atiborrado. Estoy atiborrado de palabras.
De palabras dichas y no dichas.
Estoy atrapado por esa densidad tan humana que
involucra a más de uno.
Esa maraña, tejida de sonidos y símbolos.

T. D.

I- todo sucede muchas veces

Dije: No, no me voy. Ella me miró como se mira a un insecto y respondió: No me importa. Hacé lo que se te ocurra. Y me quedé. Me quedé sentado sin entender cómo se puede ser tan cobarde. Me quedé pensando que quizá lo lógico habría sido —no, lo lógico no: lo correcto-, lo correcto habría sido irme. Irme para siempre. Pero era tarde, muy tarde y hacía frío y las calles del barrio eran peligrosas no tanto por las patotas sino por los perros que, a esa hora, depredan las bolsas de basura.

Ya no sentía nada, lo que se dice nada. Pero nada, nada. Me hallaba vacío, acaso innecesario. Sin sentido.

Ella apagó la radio y se fue a su cuarto luego de decirme: No te tengo bronca ni te odio ni te tengo lástima. Vos sí; a vos te pasa algo conmigo, con vos y no lo decís. Y yo me quedé callado; me dolía horriblemente la garganta, supongo que por el cigarrillo y por el frío. Y también me dolían, me ardían los ojos: los tenía intocables, quizá por no dormir, por no cerrarlos durante días.

Me quedé sentado frente a una mesa que no era mía. Pensando que acaso era ésta la más patética situación de mis días: había tocado fondo. Comprendí que era nada, nadie y que no había nada.

No todo se reveló en ese momento.

Las últimas palabras que consiguió articular antes de las lágrimas y el portazo, el gusto amargo en la boca, el libro abierto sobre la mesita del living, los sillones bordó pálido enormes, los almohadones

sobre la alfombra, los cuadros cuidadosamente desprolijos iluminados por la luz tenue de la lámpara de pie lila, la reproducción de “El doctor Gachet” que le regalé alguna vez en el pasado tan pasado.

Me refugié discretamente turbio en un almohadón en el rincón del mueble de las bebidas, tomé una de las botellas y me sumergí en un trago asfixiante y grande. Me quemé hasta el alma.

Me dormí y ya no era yo, era otro.

Sentado con los ojos excesivamente abiertos frente a un espejo...

... *day after day*...

... *night after night*...

... *anybody*...

... *feeling... colder... few*...

el olor a tabaco en la mano, en la cara, en el pelo...

... *don't leave me now*...

Alguien avanza...

I need you, need you, need you...

Lo sé ahora, sé ahora que avanza. ¿No es anacrónico morir?, escribo.

Escribo:

Querido hermano. Tacho querido; luego, hermano.

Escribo:

Nando:

Los compañeros de trabajo de Raúl, es decir sus colegas, han confirmado las sospechas de aquél, es decir de Raúl. No es una simple congestión pulmonar. Es algo más... cómo decirlo... algo más jodido, más triste, grave, no sé. ¡Qué lo parió! ¡No puedo decirlo! ¿No es anacrónico morir así? La muerte es siempre anacrónica, me apresuro a decir lo que vos seguramente vas a pensar cuando leás esto.

Te escribo porque, quizá, haciéndolo pueda aclarar muchos mambos. Además, queda. Esto que te escribo va a sobrevivirme (si me permitís el sufijo).

Cuando Raúl me lo dijo sentí un gran hueco. Unas ganas tremendas de volver diez años atrás, no para tener diez años más de vida, no; sino por o para ser más pendejo. ¡Qué sé yo!... Quizá para estar de nuevo en la facultad, para escuchar *The Wall*, a Serú, a Baglietto, toda esa música. Si fuese así, pensé, podría tomar la muerte menos en serio. Hubiese creído, con la inconsciencia de literato que me conocés (que me conociste), que se troncaba la vida de un poeta alucinante; me hubiese entregado a la melancolía y al alcohol y, seguramente, hubiese producido la poesía más original y desgarradora... Hubiese creído eso.

En cambio, ahora, Nando, ya no tiene sentido. Ya pasé los treinta y soy un mediocre redactor de sociales que, de tanto en tanto, oficia de profesor y que ya no promete nada. No tiene sentido la vida, la muerte. Pienso.

De todos modos, desde ese día escucho a Serú, a Floyd, la música que nos unía a un tiempo muy grosso. Intento no ser muy cobarde.

Tengo tanto que contarte y se me abarrotan las palabras, se me hace difícil escribir, ¿qué cosa, no? Se me hace difícil escribir a mí que pensé, hace diez años, tener resueltos los días de mi vida, que había llegado al convencimiento de que sería escritor. ¡Qué cosa! ¿No?

Chau, la corto aquí. Un beso.

To

Hablar no es difícil, lo difícil es decir algo. Con la escritura ocurre lo mismo.

Pasa que, por ejemplo, no se encuentra la palabra que dé pie a un relato. Se supone que la idea debe estar antes; pero si no aparece ninguna, ¿qué hacés?, ¿buscás la palabra que desencadene un sentido? Alternativas. ¿Y la mediocridad?, ¿y la mediocridad que nos es habitual respirar?

“La escritura —cito a alguien— tendría como efecto elevarnos, transportarnos a otro sitio, lugar, mundo, tiempo. Produciría una ruptura, un quiebre del equilibrio, nos colocaría en la marginalidad de estos tiempos y lugares. No digo por encima, digo en los suburbios, en el pecado. En la falta”.

Dista mucho el silencio de ser puro. En la mesa se disponen muy frecuentemente los peores momentos. Nos atrae la duda, al disponer de ellos tan libremente. Y sin embargo...

La idea es salir de mí. Esto se logra con un buen libro o quizá con un faso de los caros, mientras se evidencia el recuerdo de una letra inexacta que vuela y no llega a parte alguna.

Con todo y patas se va uno creyendo que no importa faltar a una que a otra hora de la realidad. *Hello, hello...* bien, es el segundo más denso el que te provee de buen entendimiento, mientras se derrama la frente por el dedo que la presiona y, recostado en la cama, apoyado el codo y, sobre el costado de mi cuerpo, intenta estimular alguna zona nueva y desconocida de la infinita red de genealogías malditas entrevistas ya por Rimbaud con el auxilio de algunas sustancias oportunas y necesarias para la ocasión. Decía, digo, la idea es borrarame. Pero esto es mal visto por las personas seguras de sí y de sus almas (que al hablar de ellas es necesario incluir sus partes pudendas. Es decir, sus virtuosas invisibilidades).

El olor es insoportable. Hace mucho tiempo que no baño mi cuerpo y esto trae aparejado un tufillo desleal para los probos; a mí se me hace cuento que haya habido alguna vez un cuerpo limpio, por lo que, asumiendo esta verdad irreparable, me hallo dispuesto al viaje con mis olores y todo.

La puerta está asegurada, es necesaria la total ausencia de hechos que puedan entorpecer la partida. La puerta con llave y la música tranquila y las persianas bajas y las luces tenues dispuestas. El saque de hoy va a ser diferente, creo; me hallo algo flaco y cansado. Ya me decía David que acaba-

ría mal. Es como si oyera su voz de pastor protestante protestando por las iniquidades de los mortales.

David, yo no soy mortal y te lo digo y afirmo hasta que me demostres lo contrario. Pará, pará un cacho —David se baja del púlpito, deja el atril y se arrima a mi cama desordenada y olorosa—. Pará. ¡No!, a mí no me vengás con boludeces; vos, To, sos como cualquier hijo de vecino. Te vas a morir. David, hacete dar, yo no me voy a morir. Soy inmortal como tu dios. Che, boludo, ¿sabés lo que decís? ¿Estás drogado? ¿Te importa? Sí, boludo, sí me importa, ¿somos o no somos amigos? Sí David, pero vos sos salvo, amén. Dejá de joder, te diste de nuevo. Pará loco, pará: vas a acabar mal. David Dixit.

¿Y si él, David, me da la mano, me la tiende y la muerdo? Puta. ¿Qué hago? ¿Qué hacer?, diría Lenin. El límite. Esta es, va a ser, la última; el último viaje.

La verdad es que ya estoy medio podrido y los gusanos me tienen mal: cuando me rasco la cabeza caen los pedazos con algo viscoso y sanguinolento. El cabello, el pelo lo tengo a la miseria, está hecho una mierda. Miralo; el pelo...

Vamos, no te des manija. Cortá esta descripción realista y ociosa. Encendé el faso, y vamos.

La marca estaba en el techo. Estaba allí, recuerdo que alguien, no sé quién, dijo: ¡La marca! ¡La marca está allá! Y señaló el techo. Los demás la vieron y se armó un quilombo de la gran siete. Y vos me pedís que diga que no existe —no existió.

No, no te entiendo, es decir no entiendo por qué tengo que decir lo que querés oír.

Bueno, está bien: ya me dijiste que hable y que vos no estás prejuizando nada. Pero, ¿qué querés?, te sentás ahí y me mirás, y yo hablo y fumás vos y yo no puedo. No puedo fumar porque me desintoxicaron y me da asco todo lo que sea contaminación. Entonces, tengo que hablar. O dibujar. Y vos callado me mirás y anotás, o no. Y yo aquí y vos allí. Sí, es decir no. No vi ninguna marca en el techo y los flacos no eran flacos: eran locos en el pabellón, atados a sus camas.

No, no te gusta. Allá voy de nuevo: yo estaba en una casa extraña, grande, con otros como yo, el humo en el aire, los vasos acompañados. Y de golpe yo me miraba a través de la mesa y el alcohol, la mirada tranquila, y me veía. Y yo tenía dos años o algo así y Castilla decía algún poema y yo lo miraba y mis padres me buscaban, me buscaban porque yo me había escapado —no, mejor: perdido—, yo me había perdido.

Sí, me había escapado y había sido encontrado por Manuel. Y Manuel me leía poemas y yo los entendía y me emocionaba. ¡Bah!, en realidad yo no había nacido. Yo era un texto abortado que habían dejado en un baldío y un perro, el perro

que paseaba Manuel, me encontraba. Yo no había muerto aún. Comía raíces y tierra y me arrastraba entre los yuyos. Manuel me daba la mano y me llevaba a su casa y me leía poemas y yo bebía leche, mientras el perro miraba, sacando la lengua, satisfecho de sí, cómo yo, un feto, me hacía fuerte y aprendía a rimar y a emocionarme. Y las risas y los hombres y los poemas y la guitarra...

Mirar en alguna dirección.

Mirar. Ver. Algo.

En alguna dirección.

Estoy en otro lugar. Estoy lejos de donde estuve. Donde estuve antes de irme. Por dejar en suspenso más de una vez la mirada, los ojos, he caído en la certidumbre. No, certidumbre no. Suena a podredumbre. ¿He caído en la certeza? No. Sí. Dudo. Juego tan mal con las palabras que hallo inmanejable la vida.

Hay mucha gente por aquí. Me da algo así como miedo pensar que el murmullo que escucho constantemente corresponda a odios o quizá a tramas que aun sin que yo las escuche existen, existirán, existieron.

Soy tan torpe con las palabras —la sangre— que me avergüenza mirar en forma sostenida los ojos del flaco que me trae el vino, la soda.

¿De qué sirve dibujar la mano inmóvil sobre la hoja en blanco?

Hay en la posibilidad de ser plenamente cierta tersura.

Agónicos o en permanente agonía, la sola mención de otro camino, uno normal —es decir, menos propenso a las digresiones oscuras—, nos hunde más. Cosa totalmente ilógica si pensamos que esa posibilidad podría obligarnos a superar la caída.

Escribir desde el pozo en el que hemos convertido nuestras vidas nos predispone peligrosamente a la inmovilidad.

Constantemente habremos de inventarnos excusas para despertar y no ceder a la idea de dormirmos para siempre. Ocurren las cosas al despertar, es en ese momento cuando nos vemos en toda nuestra insoportable soledad.

Estas palabras, sé, están cargadas de tristeza, de una patética orfandad. Podría tomar las cosas de otro modo y con los mismos tópicos podría construir historias edificantes, alegres y despreocupadas.

Pero pasa que me pasan por la cabeza, por la memoria, cosas tan estúpidas como, por ejemplo: Tristeza y melancolía en la clínica psicoanalítica, nombre de un seminario que se dictó en agosto del 93, en Tucumán.

Todo sucede muchas veces. O, lo que es lo mismo, nada sucede para siempre. En la economía del lenguaje se encuentra uno condenado a verse atrapado entre los mismos símbolos toda vez que pretenda construir, con las palabras, una salida.

Ella no quiso hacer lo que hizo, me dice Juan. Me dice: Ella te amaba, pasa que vos te zafabas y dabas miedo. Y me cuenta. Me cuenta lo que pasó: Vos te perdiste, te zarpaste y andabas mal, tenías una onda mística y hablabas solo. Y dabas miedo.

Mirándome a los ojos, a través del vidrio, me dice: Ella te amaba, vos te volaste y te convertiste en esto.

Esto, esto soy yo.

Me voy.

Me voy al departamento.

¿Te imaginás mi alma, mi yo sometidos a dos fuerzas que, en apariencia, son opuestas? Aquí la leucemia y allá la quimioterapia. Y el dolor dentro de mí. Y los temblores y el sudor y las pesadillas y la náusea y los vómitos y las voces y la cabeza que estalla y el pelo, el pelo, el pelo que se va en un vuelo lírico hacia la nada anticipando al resto.

Voy a quedar pelado.

Y flaco.

Y muerto.

Estoy flaco y pelado: me han capturado-secuestrado las fuerzas represoras y tienen alguna vaga idea de mi pertenencia a un grupo subversivo. Me interrogan todas las mañanas, al amanecer me picanean, me arrancan, de a una cada día, las uñas. Una uña por día, por si acaso.

Lo primero que hacen, una vez que estoy detenido, es pelarme. La picana, el hambre, la poca luz, el sudor, los golpes me causan mareos, vómitos.

Y entonces aparece una flor inmensa y se sitúa en el centro de la celda y yo la miro y la respiro y comienzo un ascenso tibio, muy tibio lindo. Me elevo.

Alto,

más alto.

Me voy.

Camuflado por el olor trascendente muevo mis manos y veo. Y veo la reacción de los que caminan por la Alberdi al ver cómo un sujeto de aspecto insignificante mueve las manos. En realidad, no sé qué quiere decir mover las manos. Podría, puedo inferir que el mover las manos es quebrar la muñeca en un ademán ambiguo, cruzar las piernas, encender un porro. Entonces: los otros miran a un sujeto extraño jugar con las manos en la peatonal, mientras tendidas en el sueño olvida sus artesanías.

Podría impostar la voz y entonces haciendo un cambio muy perceptible llegar a la natural consigna: ser normal. Implica esto asentir amablemente con una sonrisa bondadosa y entender lo que nos pasa y dar buenos consejos y ser feliz y tal vez emocionarme con algún tema de los Beatles, sobre todo con *The Fool On The Hill*.

Todo es parte del mismo juego. Se confunden los días con la ventana enrejada; y la cosa que me obliga a escribir se hace insoportable. Hay tantos fachos, a más de uno le da asco mi existencia, mi escasa existencia.

Nos quedamos sin la revolución, sin el hombre, sin Lennon. Nos quedamos con el sin atravesado en el alma.

Ocurre el día nuevamente. escucho las dos vueltas en el cerrojo, se abre la puerta. el día ocurre. nuevamente me sitúan en un lugar determinado

Éste es tu nombre; ésta, tu historia; estos, tus remedios. Las pastillas no las tomés hasta tanto hagan efecto las inyecciones.

Preparate que la Dra. no tarda en llegar. Recordá que si querés salir no debés hablar de la ausencia Nro. 3.

tendría que existir un nuevo lenguaje o deberían autorizarme para que yo, sin intermediarios, sin la constitución de comisiones de trabajo, inicie un esbozo de él

una lengua que admita palabras interminables, en las que el sentido se desplace... mañana recordando el tiempo podrá no ser

ya han sido por aquí dos ausencias y la tercera, creo, aún me habita. quiero dibujar una metáfora e irme en ella (o con/en la ausencia Nro. 3), de ese modo uno de estos días no será necesario clausurar con las llaves del reino las puertas de mi habitación

Escuchame, en la sesión anterior me dijiste que la tercera ausencia ya pasó. Explicame cómo es que estás en ella.

devenir rudimento, cenizas, nada. el más torpe pájaro, con el tiempo y con la pasión buena, puede volar. sí, volar

la última ausencia es la tercera, la que vi por la ventana. la que fue. ausencia de la ausencia Nro. 3. ¿por qué te tengo que explicar lo de mis ausencias? son más o casi más. uno de estos días lo vas a entender plenamente, uno de estos días habré de concluir mi jornada con los elementos, entonces ni marx ni habermas podrán manchar mi exilio. será tarde para pensar, el *cogito ergo sum* no importará. ¿entendés?

si vos sólo creyeras como creo yo

un sueño

El charco no es de cristal, no podría serlo y esa imposibilidad agobia a más de una mente. No es de agua, de agua clara. El barro que en él se refugia no admite luz. El sueño de barro (no de cristal) es así:

1- Llego. No sé de dónde. Desprovisto de recuerdos, llego. Creo, soy yo. Hay gente mirando el charco. Es marrón. Miserablemente, con ojos ávidos, miran, buscan señales, se miran —no hallan señales— desencajados, unos a otros. Me acerco... ¿Qué sucede?

No sabemos nadar —responden a una voz. Luego me explican por qué esa ineptitud los supera. No saben nadar y es lamentable: tres o cuatro de ellos han caído y no salen, tres o cuatro. Convención de preocupados espectadores. Deliberan. Alguien que sepa nadar, imploran. Abren desmesuradamente sus bocas marrones y dicen las palabras tan lentamente que lastiman. Huellas rojas en los ojos dan un sesgo despreciable a los más. Me miran.

Yo, yo creo sé hacerlo (por lo menos el sueño y la situación me sugieren esa aptitud). Debo, es mi deber, entrar al charco y rescatar a los tres o cuatro que esperan por mí, allá abajo. Todo está bien.

Los hombres marrones miran el cielo marrón y dan gracias.

Me quito las zapatillas y la ropa, me aproximo decididamente a la orilla. Hago esto con la celeridad que requiere el caso.

¿Y si, al contacto con el pestilente barro, despierto?

2- Me arrojo al barro en medio del silencio expectante de los hombres y de las cosas. No es tan fofo como parece; hasta puedo nadar, pero no floto: me arrastro. ¡Qué importa! ¡Puedo nadar! Qué buena sensación. Me cruzo el charquito en un minuto, llego a la otra orilla y miro satisfecho hacia atrás. Esto de probarse dentro o fuera de un sueño es estimulante. Abandono el charco con la idea de volver a él. Camino con mi nuevo cuerpo marrón, sucio de felicidad, llego a las casas chatas y entro en ellas; en todas, en una.

—¿Saben?, puedo nadar. Levantan las cabezas. Ojos grandes, algo sucios. Ojos grandes, algo tristes: me miran los que están en torno a la mesa. Luego continúan comiendo (bajan sus enormes cabezas y comen).

La comida es parca, no tienen vino ni pan. Comen algo marrón e informe. Los miro furioso a todos, a ninguno. Me indigna que no comprendan mi infinita alegría, mi orgullo. Pienso con desprecio que nunca podrán experimentar lo que yo.

¡Van a estar siempre sentados en torno a la mesa, con las enormes cabezas reclinadas! Les explicaría con infinitos detalles de qué deriva la importancia (y mi gozo) de saber nadar. No encuentro palabras, pero recuerdo, buscando los argumentos para explicar (justificar) mi estúpida sonrisa al presentarme en la puerta, que es importante, muy importante, porque voy a rescatar a tres o cuatro hombres marrones, que no saben nadar, del charco. Sin saludar me retiro. La indignación ha sido desplazada por la urgencia.

Salto al charco y me arrastro hacia el otro lado, la otra orilla, la primera. Si bien no es líquido, se

puede uno sumergir en la tristeza de esa depresión anegada por barro marrón.

Los hombres me miran, supongo, esperanzados y en silencio. ¿Es aquí?, pregunto. Sí, responden. Hay un árbol inclinado sobre la orilla, tiene ramas toscas, desaliñadas, sin hojas: me reconoce. Sus raíces están descubiertas, a la intemperie; es una garra única y enorme que se interna en el lodo, oprimiéndolo. Me asusta. Es enormemente marrón.

Me sumerjo luego de haber tomado aire suficiente. Abro los ojos, pero no veo; sin embargo, no me duelen. Ciego de abandono me aferro a la raíz, apoyo la frente en ella, la siento respirar, comienzo a bajar. Qué momento extraño: estoy rodeado de barro, con los ojos abiertos sin ver, buscando a tres o cuatro hombres marrones que no saben nadar. Me cuesta respirar, pero sé que ellos me esperan allá arriba con los que me esperan aquí abajo.

Una mano marrón me toma con violencia del pelo; otras, de las piernas. Me aferro aún más a la raíz. Siento sangre en la boca. (Yo sé nadar. Lo probé llegando hasta la otra orilla, hasta las casas de los hombres que comen algo marrón e informe, sin vino y sin pan.) La sangre me llega a los ojos: me abandono en un pensamiento: ¿Qué caso tiene decirles a ellos, a los tres o cuatro, que sé nadar porque me lo reveló el sueño que estoy soñando?

3- Con todas las fuerzas que nacen de la urgencia de luz, con las que me da en torbellino el temor a no despertar, abrazo la raíz y trepo. Con manos ávidas de vida tomando mi pelo, mis piernas; con el sabor de la sangre en la nariz, trepo, subo, asciendo. Saco la cabeza del charco y respiro cerrando los ojos,

la luz los lastima. Imagino el cielo azul. Tomo aire, mucho aire. Abro los ojos. Veo.

La mano que llevo en mi pelo es reconocida por los hombres de la orilla. Me ayudan, son tres los rescatados. Por fortuna no están muy muertos; sí un poco ahogados, algo roídos y muy marrones. Ellos se encargan de reanimarlos; y yo quedo rendido apoyado en el árbol, pensando en el cuarto.

Los miro. Se van felices, arrastrando los pies desnudos. Miro el cielo que no es mi cielo.

El árbol está conmigo. Miro el charco.

Son cuatro -pienso—, y me sumerjo.

(No despierto.)

No me importó anudar la conciencia torpemente y llamar, componiendo el semblante, a la puerta. Esto de no importarme nada me había devaluado la imaginación de tal forma que me sentía poderoso. Asquerosamente poderoso. También se me había presentado, a partir de esta suerte de nihilismo, la idea de sangrar tan lentamente mi existencia que acabaría por manchar a quien se acercara con mi oscura y viscosa savia.

Ella abrió la puerta y, sorprendida, se quedó mirándome sin decir nada, luego bajó la mirada. Pasá, dijo con la mano todavía en el picaporte y sin saber qué hacer conmigo.

No siempre fue así; yo no fui siempre como ahora. No. Fui un buen tipo y, creo, hasta agradable.

Al otro día de la ausencia dibujaré en el cuaderno de siempre una mano abierta. Desde entonces intentaré el regreso. Tristezas sobran, también indiferencias.

Mañana será tarde. Ya me duele mañana como me duele ayer tanta cosa inútil. Estos días, que deberían ser únicos e irrepetibles, son torpes y se deslizan tristes por los rincones.

¿Cuánto tiempo tengo, Raúl? No te puedo dar tiempos, sería tonto. Sólo te puedo confirmar lo que ya sabés: estás vivo. ¿Te acordás de *Las últimas imágenes del naufragio*? Bueno, hacete a la idea de que hay sobrevivientes, hay esperanzas... Soy un boludo, no sé por qué me acordé de esa película. ¿Tomamos un café, To? Yo invito. Cuánto, Raúl...

Hace algunos años, con Raúl fuimos a la Casa de la Cultura; él estudiaba en Córdoba. Era febrero. A Charly le daban algo de bola, lo estaban conociendo. Aquella noche tocaban unos flacos temas de Vox Dei, de Sui, de Pastoral... y con Raúl descubrimos que vivir era zafar de la mediocridad y zapar en caliente. Zafar y zapar fue nuestra consigna.

¿Cuánto Raúl? Raúl me mira con bronca, con rabia y me dice dejate de joder. Te vas a morir cuando tenga que ser y me abraza y se le escapa una puteada.

Qué lío esto de irse sin tener nada resuelto. Es decir: que lío morirse y saber que no se tiene nada. Estoy siendo sensiblero y eso es muy de chiquilín. Tendría que ser más adulto. ¿Adulto? No, adulto no. Ella me decía: ¿No podés actuar como un adulto? Y me sonreía o lloraba, según el grado de mi inmadurez. Yo movía los hombros o me mordía los labios, según el grado de mi inmadurez.

Con mis manos construyo algunos pocos días ensangrentados de penumbras. Veo algunos pocos rostros en la memoria vana pordiosera de otros tiempos y de estos tiempos. Nada nadie podrá encenderme los ojos la vida otra cosa distinta siempre. Zafar o no del metal de los días, elegir entre espejos un rostro. ¡Estás?...

Entonces

me bebo en un ademán premonitorio, enciendo mis aires y repito lo de siempre. Las ciudades me devuelven sin entenderme ni probarme.

Cosas extrañas, extrañarte.

La muerte es una cosa triste, se me ocurre. Pensar en ella es percibirla, vivirla un poquito. Ella, oscura y misteriosa, en la melancolía desequilibrante de amarillos y ocre. La imagino.

Después me niego a reconocerla mientras una guitarra suena en un sueño de Jim.

Regresar al lugar en el que estuve para estar. Para estar, ser. Regresar para ser. No hay argumento. No hay historia. Puedo, pienso ahora, prescindir de ellos. Prescindir también de mí. Puedo regresar en un vuelo fantástico. Elevarme hasta... no sé, mucho, enorme. Elevarme, ensangrentarme de sol, volar, llegar muy alto, más alto, más alto.

Dejar la melancolía.

Partir, cortar lo depresivo para iniciar la tarea del relato. El relato está muy devaluado en estos días. Existe la sospecha de que está en crisis. Tan como las otras instituciones; es decir, vacío. Tan a la deriva como todo, como todos.

Si el relato ya no tiene valor *per se*, si la crisis también lo ha afectado, entonces, todo está bien. Mal. Puesto que lo que voy a intentar es, precisamente, el relato de una crisis.

Diciembre o noviembre de 1993. Manotazos en el aire de siempre igual música. Tristeza Nro. 307 del año. Dos que se encuentran al borde de la ma-
drugada y se ven y se reconocen. Huyen del inevitable lugar común, aterrizan en la paz que propone una madrugada de noviembre o diciembre de 1993.

¿Creés en algo? ¿Quién es tu dios? ¿Qué es tu dios? Vamos, decímelo y vamos a girar: escuchá tu voz. Elusión, ilusión.

¿Creés en vos?, ¿en mí? No. Hablemos de algo mejor. ¿Buscás al hombre aún? Basta de preguntas idiotas, te estoy atosigando con mi yo. Escuchá tu voz, escuchate vos.

Es así, por aquí fue la paz en otro momento.

Llueve en la piedra. Quiero estar en la piedra. Pasa un avión. Es el fin. El fin.

Construir de ojos el universo. Concreto. Casi
cierto, verdadero. Hincarnos ante el ciclo clausu-
rado.

Gritar el rezo.

Ser en torno y no hallar el centro.

Caminos laterales. Caminos abandonados, in-
ciertos.

Caminar...

No woman, no cry.
Bob Marley

Dilatamos la espera lo necesario. No volvió y tuvimos que irnos. El orden establecido nos depuró hasta lo indecible.

Yo y mis otros caímos en un bar de lo más deprimente. Algunos viejos con sus vasos, sentados a sus mesas escuchando la radio. Tipos en un bar, la radio encendida, en nacional, tangos.

Un bar de los de antes, mesas y sillas marrones. Perdido en un barrio perdido de la ciudad.

Amaneció y no tuve fuerzas para levantarme. Apenas pude abrir los ojos. Me incorporé un poco, lo necesario para ver el reloj en la mesita de luz. Por la ventana se filtraba una mañana de marzo, lluviosa y algo fría. Las 7:19. No tuve ganas de pensar; estiré, esforzándome, el brazo; encendí el grabador: Charly cantaba “*y llega un punto en que no querés...*”. Inconsciente colectivo... no tuve ganas de pensar. Inconsciencia, ignorancia colectiva... pensé mientras pensaba que no tenía ganas de pensar. “*Mamá la libertad, siempre la llevarás dentro del corazón*”. Un cigarrillo. Busqué en el cajón de los casetes un cigarrillo. Lo encendí. Tosí. No pude hacer ni una seca. Tenía la garganta imposible.

Por suerte los chicos que preparaba en literatura argentina no vendrían antes de las 9. Es más, quizá no vendrían...

El rumor social, la gran voz propiciada por el panóptico, había propalado por el barrio que yo, profesor de literatura, estaba muriéndome de tanto fumar y de tanto trasnochar. Mi muerte por venir no era un secreto para nadie; lo que sí estaba borroso era la causa. Encendí otro cigarrillo e hice un esfuerzo y lo fumé lentamente, mientras mis ojos se extraviaban en divagaciones y premoniciones... no sé si tristes. Me iba ganando una ajenidad borrosa, insensible. El alcohol, el calmante más burdo, me había entorpecido la lengua de tal forma que no podía articular palabra alguna. Me incorporé, me puse de pie como lo hace un niño aún dormido, cuando su mamá lo despierta para ir al colegio. O como un viejo que se levanta sin saber para qué a las 4 y 30

de cualquier día... “*Ya no es mágico el mundo. Te han dejado...*”, balbuceé mientras caminaba bamboleándome hasta el baño.

En el espejo, afirmado en el lavatorio, miré mis ojos y lo que vi me causó una sensación entre angustiante y ridícula. Estás hecho una mierda, le dije.

La única alternativa aparente es liberar la sangre mientras pueda. Esto es: liberar la vida, dejarla libre entre los vivos e internarme con lo que quede de mí en un lugar oscuro en el que sea posible soñar, volar. Latir sin estridencias.

Estoy suspendido en la mediocridad delirante de un no sé qué hacer.

Hay colores tan turbios en los días.

Mis ojos pueden admitirlos por la singularidad que se desprende de ellos. Luego no existen las palabras y hasta me atrevo a atravesar a medianoche el universo en un viaje alucinante alucinado. No habremos visto más que sombras si la sombra mayor no nos orienta y nos extravía en el relato inacabable inaugurado por la patética exigencia de ser.

Dejé la punta del marcador sobre la hoja y, creo, me dormí. Cuando desperté, un punto negro manchaba la hoja.

Lo cierto es que vivo inventándome historias. Se supone, supongo, que soy un cínico. También, que una mancha en el pulmón me va matando, que tengo treinta y que no pienso llegar a los treinta y tres. Que voy a cerrar yo la vida; voy a dejarla yo, no ella. Esto de irme tan así no fue mi idea. Voy a fijar el día, la hora.

Todo sigue siendo inútil.

Construyo mis nudos existenciales con la esperanza de saber si es posible saber. Los nudos operan a manera de puentes y se van ramificando, van construyendo redes. Muchas redes, es decir, una red. Una red que me contendrá.

Me tiendo sobre la cama, sin luces, sólo la del cigarrillo, y construyo los nudos. Veo mi mano escribiendo; lo veo a mi viejo, a los tres hijos de mi viejo jugando en un patio a la pelota; veo los cerros desde la quietud de una ventana; veo los perros comiendo mis carnes medio podridas en un baldío; veo uno o dos argumentos: libros que escribí o escribiré y que sólo yo presiento. Veo unos flacos que hacen una manifestación; veo unas vías y unas cruces a los costados de la vía. Veo algunos cuadernos tan a propósito que me duele verlos. Lo veo a Charly delirante delirado en un concierto. Los nudos, me cuesta encontrarlos. Raúl no mejora de ánimo. Está mal. Hay tantos quilombos: los nudos.

Algo.

Mar escribió un poema en una de las hojas libres que preceden al texto de uno de los relatos escritos por el que fui. Cuando me lo mostró, me miró con una ternura que destrozaba. Tomamos un café; no hablamos. Pasó que ya nos fue llegando la ausencia. Ella sospecha que mi novela última habrá de dibujar algo de lo que sentí cuando supe que sería la última.

Vos, ¿querés ver fragmentos?
¿Querés un aleph?

Siempre estuvo —está. Podés empezar por hacer un inventario de las cosas que ocupan tu cuarto. Podés escuchar la música y, al mismo tiempo, verla. Imaginá a Jim Morrison cantando y danzando y sufriendo y volando mientras Jim canta, danza, sufre y vuela... en tu cuarto.

Hay colores turbios, indescifrables. Todo puede concluir en un momento, en tu cuarto.

Me corté el alma con el filo de una mirada y cayó algo rojo en el papel: comencé a ver cosas y a escribir historias.

Historias verdaderas.

Mar se fue cuando oyó que nadie le hablaba. Tomó sus cosas y sin despedirse de los que la ignoraban abrió la puerta y se sumergió en la calle del sábado al mediodía que pasaba por ahí.

Ella no habitaba con sueños ojos ese espacio triste de muerte natural; se fue buscando el porqué.

Nos miramos. Entendemos que lo cotidiano nos asfixia. Nos asfixia. Sentimos las manos más frías que nunca. El costado está mal y no sabemos qué decirle. Mañana será tarde tanto dolor atravesado. Mañana ya no importará si somos o no tanto dolor atravesado.

El costado. La voz. Nos asfixia nuestra asfixia tan en sábado. ¿No ves?

Mar me reconoce y se acerca. ¿Qué hacés, To? Invítame un café. ¿Tenés algún poema nuevo?, ¿me lo mostrás?

distinta y otra fue la mañana

¿por qué me fuiste de vos?

ya no te estoy

y vos

me seguís estando

quiero y puedo gritar y gritar y gritarme

todo... —lee Mar.

II- el ruido

Aquí y ahora.

Hic et nunc. *Nunc* suena a nunca; es decir, la diferencia, la diferencia, está en la a. Ahora, nunca.

La imposibilidad de rehabilitarme en más de un sentido me ha sugerido la concesión de no mirarme más en el espejo. Dejé por esa y otras razones de afeitarme y aun de decir poemas frente a él en las mañanas de los sábados. Se hace difícil admitir que ya no será igual el ojo depurado por la sal, ni tampoco serán iguales las palabras que no diré ni escribiré nunc(a). No serán iguales, pienso, porque no serán.

¿Cómo se hace para trascender? Pensé ayer, mientras Gelman me golpeaba la sangre la vida, en comprometerme con la verdad deprimente deprimida de estos días, en estos mis lugares.

Actuar como si algo me importara para que algo me importe. No, no es una pose; o en todo caso sería una pose demodé y por ello una no pose. Juan me dijo —me dice— con esa poesía tan de Gelman: “*A este oficio me obligan los dolores ajenos, las lágrimas...*”. Es que algo me importa, me importa mi gente. Me importa agosto, la vía y sus quebrachos, los puentes y los túneles. Las cruces. Las cuatro paredes de cal.

Entonces, ya que estoy, ya que aún soy, pensé anoche, voy a embestir contra la cal. Voy a mancharme de sangre de blanco/ las paredes. Las paredes blanqueadas de mi pueblo, tan exiliado de sí/ tan asilado en la desmemoria la desesperanza.

La primera lectura nos dirá que fue inútil e indescriptible la agonía. Nos recordará que pudimos evitarla.

Tan como en cualquier otro día nos armamos de valor, de aire los pulmones y salimos a la calle. Vemos manos abiertas, muchos brazos extendidos, mucho desnivel. Porque pareciera que el que pide debe, necesariamente, estar muy cerca del suelo. Ojos esquivos que no buscan el contacto. Ojos huidizos. Rapaces tanto como desposeídos, distantes, disueltos en la noche que demanda el pedir.

Es un detalle, algo del color local que exigen los bien nacidos. En realidad, no hay mucha limpieza por aquí, no hay dioses ni demonios (o sí, los hay en abundancia: cada cual tiene su repertorio de estampitas). Hay, sin embargo, ademanes promiscuos, alto grado de chabacanería y una considerable dosis de desvergüenza.

Rostros, caras en la calle única en el siglo que nos absorbe y acomoda e incómoda. Veo el carrito sanguchero asediado por rostros oscuros, vulgares. Rostros con vulgares apetitos (no muy distintos a los encuentros con mi novedad atestada de realismo que no es lo mismo que lirismo, ¡la locura!). Humanos en la sangre de estos tiempos y sus símbolos; tan descerebrados de alma de locura que aún persista en la idea. Cambiar algo, algo, el mundo, las manos. Cambiarnos la cara, la vulgar duda de saber y de no saber. El odio de quien ama.

Me sé habitar de vos. Tan distraído como soy, me descubro pensándote. Este juego extraño en el que estamos me inquieta y me seduce. ¿Estamos comenzando la revolución? Terminar algo, ¿es comenzar?

Y vos estás por ahí, muy en tus cosas. Habitante mágica de manifestaciones y ensayos. Me acerqué con algunos mambos y esa corbata delgadita tan a destiempo con mis zapatillas, y mi vaquero (un tanto sucio, es cierto, pero por eso mismo más mío). Se acabó —te dije. Me mandó a la mierda y tuve que aceptarlo. Bah, en realidad creo que ella aceptó o se dio cuenta de que yo estoy en la mierda que supone la vida desordenada de un desahuciado que escribe. ¿No te parece genial? *C'est fini. The end.* Y ahora qué. ¿Qué hago con mis mambos? *Carpe diem.* ¿Qué hacés haciéndote pesada la vida?, me dijiste, y agregaste: *The west is the best.*

Entonces comencé a mirar y a ver lo que me rodeaba. Bah, no. La cosa no fue tan lineal. Me ubiqué. Levanté la cabeza y me construí un panorama de la situación. Raúl, triste porque me voy. Ella, la eterna, que no sabe que me voy y que me dijo: no te odio, ni te tengo bronca, ni te tengo lástima. Mar que me comprende aun sin entenderme y que me quiere como se puede querer a un poeta, Nando que sospecha, desde su lugar de hermano menor responsable de mis sobrinos, que nunca me conoció y que aun así puede amarme y extrañarme. David que se ha propuesto salvar mi alma y nuestra amistad. Flok que me mira de reojo y sonrío y piensa: es un boludo. Y yo que sé que me muero, y

que soy un cínico muy charlado y que me dije: volvé y comprométe con lo tuyo... Lo mío. ¿Qué es lo mío?

Extraviado como estoy, ignoro qué mierda puede ser lo mío. El compromiso, la duda.

Un capítulo más, un día más.

Impelido por este rozar de sentimientos indescriptibles en el alma, tengo que hacer una pausa y sentarme a escribir lo que será un fragmento más en el espacio intermitente interminable de los días, de mi libro. Bob Marley canta su canción de redención. *All I ever had/ Redemption songs/ These songs of freedom/ Songs of freedom*. Y pareciera que el jamaicano enorme, tan solo y triste como el más pequeño de los mortales que ha probado esa condición al morir muchas y variadas veces, no sufre; se expresa libremente en un himno negro.

Abel pasa por ahí y se cuela con una baguala en el sueño que nos mantiene despiertos, vivos. No sé.

Abel tendido en el parque San Martín, cerca del lago, espera que llegue la hora de Vallejo en la que estaremos desayunamos todos, sentados al borde de una mañana eterna. No sé.

Si sólo se tratase de escribir; es decir, si sólo se tuviese esa preocupación; si el hecho de recorrer en tantos sentidos y de tantos modos la existencia fuese sólo un ejercicio con la tinta. No. ¿Qué estás diciendo?

Narrar lo que me va a pasar de hoy en más con mi revolución y mi inminente final. Dibujar en la nada un signo que será parte de la nada. Un signo lábil y a la vez profundo, profundo en la profundidad de la nada. ¿Para cuándo la lucha? ¿La rebelión? Y la tan infernal certeza de que la muerte nos arrancará de la náusea para situarnos en la nada.

La sangre deberá ser esparcida por el aire sin violencia y sin prisa, en lo posible deberá ser arrojada desde una montgolfière blanca, como dice la Kuky, cargada de utopías. Si se lo hace de noche será más bello, menos real, pues es posible que las gotas dispersas por el aire en el aire funden constelaciones nuevas, eternas; funden la eternidad para quienes aquella noche miren, vean la noche y la luna nueva (la montgolfière) suspendida como en tantas noches no vistas.

Y aquí comienza el asombro, el azaroso designio de lo imposible:

(Si me sitúo en el lugar preciso, acechante, a la espera de tu mano y tu mano no viene a consolar mi lomo y sus asperezas, habré de limitarme a cuestionar uno por uno los segundos en una procesión descendente hasta que ya no queden preguntas ni segundos.)

Los imperfectos fueron desapareciendo a medida que el iluminado, el mejor de todos, los fue eliminando mediante el recurso muy convencional de desaparecerlos. Aquellos no ignoraban esta posibilidad y sin embargo asumieron el riesgo (o quizá no asumieron nada ni evaluaron consecuencias). No les preocupó, no les preocupaba, sospecho, más que el propósito de decir y hacer eso tan voluble que llaman verdad. Y la verdad es que fueron; que el mejor de todos, el iluminado, con sus ya conocidos recursos los eliminó, so pretexto de la identidad nacional y la moral de nosotros, partícipes de la cultura occidental y a la vez cristiana.

Han pasado algunos años, no muchos para ser exactos, y el olvido y perdón han sido formalizados por decreto. La memoria es un compromiso de unos pocos activistas profesionales que se andan filtrando por ahí, pero que están perfectamente individualizados ¡carajo! ¡Que para eso tenemos uno de los mejores servicios del mundo!

El mejor de todos, el iluminado, el eterno, fragmenta la realidad (si es posible fragmentar algo tan fragmentario) y toma las partes más lindas y las pasea por el mundo de arriba y habla de milagros y de curaciones por la gracia dividida del gran país del norte.

Y aquí la marea nos está llegando a los ojos, pero por suerte mi mamá tiene una casita —muy bella ella— en un lugar alto y puede que nos lleve con ella allá, uno de estos días. El drama está en mi total desconfianza en las instituciones que promocionan ese cielo o tierra de promisiones que llaman luego y es así que me hallo casi en el límite de la salvación por mi poca fe y mi poca afinidad a guardar las fiestas de guardar y toda esa historia.

La revolución, me han dicho, ya no es posible, ya no existe ni siquiera como potencial. Sí la puedo encontrar retrocediendo algunas décadas, aquí cerca y sin demasiada ilustración (¿iluminismo?). Sólo se requiere ser un explotado consciente de su rol en esta sociedad capitalista y chupasangre.

Ella navega trilcemente por estos aires y me habla de una salida. Dice que la única revolución posible es la de adentro, la personal. Y no sé. A veces tengo la tentación de entregarme a esa idea y, de

paso, enganchar a otros revolús que, como yo, han perdido la balsa y están en este mismo mundo abandonado, solos y tristes y con ganas de deprimirse muy occidentalmente accidentalmente para luego ser analizados y quizá curados por ellos mismos en estos tiempos de terapias grupales y muy in y a la vez abonables, cancelables con tarjeta.

La coherencia es uno de los últimos recursos, si no el último, que me queda. Mal que mal me estoy muriendo de resentido social que soy. La pena es que sos tan changuito m'hijo. Yo a tu edá andaba chinitando alegremente. Haceme caso: ¡viví! Pasala bien y no te amargués changuito que todavía sos pi-chón, no te hagás viejo al pedo. Ahí sí, cuando llegués a mi edá podés amargarte y putear y golpearte la cabeza en los palos de la policía que debe salvaguardar el orden público contra estos desmanes producidos por unos cuantos activistas profesionales infiltrados entre nuestros abuelitos —dignos representantes de la tercera edad, ejemplos preclaros de abnegación y entrega en aras del desarrollo y crecimiento de esta gran nación—, perfectamente individualizados.

¿Sos vos mujer que no estás? Decime, ¿cómo es eso de estar y no hacer nada? “Solo un momento yo quiero suponer que es mía —canta Vox Dei—. Miro alrededor para buscar el sol quizás, ese que me entibie cuando el día no esté más...”.

“¡Ves! Te pasa lo que te pasa por escuchar esa música de melenudos piojosos. Si las cosas son claras. Cada cual tiene un puestito de lucha. Humilde,

sí; pero es un lugarcito que obtuvimos gracias al General. Porque te voy a decir, pibe, que antes la educación y sus beneficios eran privilegios de unos cuantos. En cambio, ahora... ahora... ya no existe la oligarquía gorila... gorila, ¿la oligarquía gorila?, pará... ¿se dice así, pibe? Bueno, como fuese, ahí tenés: hay industriales, bachilleratos, institutos de manualidades, profesorados... Todo gracias al General. No, si aquí no estudia el que no quiere. Porque acordate lo que dijo: la única verdad es la realidad. Como si lo estuviese oyendo... acordate, acordate pibe. Acordate”.

(Mañana voy a arrancar los parches de mi cabeza, los discursos; voy a buscarla. Ella vive.)

“Mirá, yo cuando vi que la cosa se ponía fulera enfilé pa' la derecha y esto no es demagogia, no. ¿Sabés qué pasa?, a veces hay que poner el cuerpo y otras no. Es cuestión de supervivencia. Ahí los tenés a los boludos de La Tablada. ¿Para qué, decime, para qué? No, así no. Y no es que esté renegando de nada ni de nadie; pero las cosas están jodidas como para hacer pendejadas. Miralo al zurdo Loyola, estaqueado por sus propios vecinos. Ahora está perdido en un loquero, inyectado hasta la mierda. No es cuestión tampoco de cagarse la vida por unos giles que para colmo te reputan. Porque se supone que ellos son los buenos y nosotros, los malos. Perdón: nosotros, no. Ustedes”.

Hay una paz interior, un dejarse absorber, un dejarse ir en la música que nace en vos. Eso lo hacés solo o con alguien que quiera volar soñar con vos. Y la música es una de las drogas más alucinantes.

Fat Old Sun. Cambiando de materia, floreciendo en invierno, pasando por el ojo de un martillo. Estamos en un sueño, un sueño. Es como llegar a despertar en otro, otro sueño. Despertar en otro sueño, uno mejor. Alucinado me voy: no mirés porque puedo darte pena, bronca. Voy, me voy por el aire, en el aire, con el aire. Voy...

No sabía cómo hacerlo. No sé. A vos, ¿qué te parece? Hay tanta cosa suelta densa por ahí. Me llevo las manos a la cabeza y pienso.

No sé cómo hacerlo. Tengo entre mis cosas una foto de él. De él con la barba casi tapándole la cara. Una foto de cuando estuvo en Bolivia. Es incierta la mirada. Su mirada es incierta, muy de tristeza o de melancolía. Una mirada que encontré en los ojos de John cuando lo de Vietnam y toda la mierda (que hacían los países civilizados, que hacen los países libres). En las villas o en el pueblo chiquito que no conviene nombrar también encontré esos ojos como aterrados y a la vez distantes. El hambre es igual. La tristeza, muy de humanos. Quiero decir muy humana. En Chiapas hay muertos, hay una revolución, una rebelión; indios que matan indios, como en muchas partes; la diferencia está en los uniformes, en si éstos son los oficiales o los no oficiales, y por lo tanto sediciosos. Hay tanta miseria alrededor. ¿Qué hacemos? ¿Qué haremos con tanta muerte?

No sé si tiene sentido escribir poesía, buscar en la literatura el despegue para no ver tanta locura, para ver de otra forma tanta locura. Para ver. Recuerdo a Vallejo, recuerdo al hombre que pasa con un pan al hombro. La rosa blindada de Tuñón.

Todo es parte de una misma historia dispersa. O mejor aún: todo es una historia dispersa. Eso de “vivo inventándome historias” puede muy bien ser sólo una metáfora de la ausencia más desoladora. Panteísmo, creo, le dicen.

– ¿Qué hacés perdiendo el tiempo?

La sangre está tranquila, muy en su lecho. No digo triste, sino más bien mansa. La sangre no está alterada. La sonrisa no es hipócrita. Las voces nos pueblan, nos despiertan, nos devuelven a la herida abierta (hasta que cicatrice en el encierro, el entierro. Cuando hayamos elegido ver las cosas desde ninguna parte).

pondré mi
espanto lejos
debajo del pasado/
que arde
callado como el sol/
Juan Gelman

Avancé cuanto pude, probé los límites y estos no eran como los imaginé, amanecí en un lugar que no conocía. Ahora sé que estoy en una región propicia para el olvido. Tendré que olvidar, como se acostumbra por aquí. Olvidar, entre otras cosas, que nací sin estar preparado para respirar estos aires falsos. Olvidar que vi a los que ahora son desaparecidos trabajar en las villas, las fábricas, las calles, el frío...

Un solo en depresión, en picada, en baja. Como cuando no queda nada y quedamos suspendidos en la agonía.

La breve agonía de un solo nos sorprende hablando solos, diciéndonos muy bajito qué hago, qué voy a hacer en esta historia que no es mía, en esta casa prestada hasta que el que sabe me pida explicaciones, respuestas engorrosas y como para salir del paso le diga y... aquí estoy, tan dispuesto a no ser, a dejar todo cuando ya no importe, cuando se agoten las sorpresas y siga sin encontrar respuestas, y me halle envuelto en confusiones, ¿entendés?

No, no importa: te recuerdo que se viene el fin de siglo y yo no lo veré (me iré con estos malos aires); te recuerdo que te extrañé y vos no me extrañaste, ni me dijiste te extraño y yo me quedé

esperando sin saber qué, parado en la orilla, al borde de la silla, con la cuerda en el cuello, a unos 50 cm del suelo.

Carta a Flok o últimas imágenes del naufragio.

De poco servirá acudir a la razón o a las enciclopedias médicas, no puedo ya con este peso. Me estoy hundiendo, Flok. Los papeles dispersos que fui dejando en estos años se agolpan en una manifestación sobre la mesa; tantos fueron los miedos y sus obstinaciones que ya me cercan las letras. Me hallo desnudo, dubitativo sobre la mesa.

Discurrir. Existir. Insistir. Persistir.

Deshilachado voy por ahí sin entenderme; voy sin más o menos, igual que siempre. Distinto. Voy.

Nos quedamos sin huellas, nosotros. Para disimular, mis dudantes habituales se despliegan cuan largos son y me ofician de sombras. Hay días en los que sorprendo a los ciegos de la peatonal con una infinidad de sombras tropezando y distrayéndose en trivialidades. Días en los que me hallo tan concurrido que soy una *troupe*, una compañía itinerante de mimos, artistas del hambre, *clowns*, charlistas. Y hay otros, en los que mis dudantes se quedan cabizbajos en las esquinas de focos rotos, o al pie de un portero eléctrico sin atreverse a llamar. Y alguno no se despierta y perdido en los pliegues y repliegues de las sábanas se desliza en el sueño hasta caer en la nada. La vigilia.

Vientos de un amor me rozan cuando piso la calle y una de ellas —de mis dudantes sombras— vuelve corriendo a mi cuarto, se encierra en el placard para sentirse oscura, llorar sola.

Vientos sin dirección me refugian de la intemperie de mis tristes moradoras ausentes.

Y camino, Flok; sentado frente a la mesa poblada de papeles, camino.

el ruido

Mañana. La puesta del sol. La ventana abierta. Voy a estar ocupado en leer una cita en inglés que me preocupa desde que sospecho cierta imposibilidad. ¿Es importante encontrar sentido en lo escrito por otro?

Comienzan a llegar puntuales los recuerdos, me acomodo entre ellos y comienzo a mecerme en la música que viene de por ahí. Hay una cosa incierta: habré de dejar constancia de mis miedos y mis inseguridades.

Cerca de las once en una noche de invierno, salgo a comprar algo para beber. Es un riesgo, a medida que camino me voy dando cuenta de mi torpeza. El toque de queda comenzó a las diez y, ya sea por el frío o por el miedo, la gente se refugia en sus casas, está a salvo de estos malos tiempos. Dejé como un puente para el regreso sonando el casete de Serú, el último; la estufa quedó encendida y en la mesa, casi desafiante, es el libro que escondí en un resquicio del cielorraso cuando la operación rastrollo, en los tiempos de los simulacros de ataque, de guerra o algo así, por lo de Chile.

¿Estos recuerdos son míos?

Elisa fue porque la universidad le paga un cierto poco dinero por esta tarea de extensión. Ella me cuenta, una noche que nos encuentra en su casa de Castañares, que lloró. Lloró por los chicos de no sé

qué lugar de la zona andina de Salta o Jujuy, no recuerdo/ la maestra tenía los pelos desordenados, su arreglo personal dejaba mucho que desear/ es que por aquí nunca viene nadie y/ habla la maestra mientras los changuitos comienzan a acercarse de a uno con una timidez propia del lugar/ siglos de timidez propia del lugar/

Hoy aquí, en esta mesa, tengo libros: las venas abiertas, el libro de los abrazos, una antología de gelman, algunas revistas de casa de las américas, una ginebra, el tabaco que me regaló adrián porque él ya no puede fumar por el asma; es tabaco para pipa, grueso, aromatizado, el ulises de joyce, un no todo es vigilia la de los ojos abiertos que me envió verónica desde la plata/ los chicos van a la escuela sólo por el comedor. Cuando la escuela no funciona alguno desaparece o simplemente sufre una grave desnutrición; de hecho, cuando comienzan las clases, muchos changuitos están muy débiles como para estudiar/ lo de san martín padre de la patria o aquello del país que llaman argentina y que es el primer país en importancia en el mundo en no sé qué rubro/ buenos aires, dice uno de los changuitos que no comió lo suficiente en estas vacaciones, es grande y tiene la avenida más larga y también la más ancha del mundo/ tiene un teatro muy bonito que se llama colón y tiene la cancha de river, que es mundialista; pero yo soy de boca, señorita. De boca hasta la muerte.

No son así, así como ahora. Ocurre que usted ha venido Elisa y ellos que son como angelitos están alborotados, ¿me entiende? Bueno, yo estoy aquí hace diez años y la verdad es que me estoy volviendo

algo descuidada... Usted no se imagina cómo se sufre aquí/

Elisa me mira y quiere llorar y decirme su impotencia y yo, que llegué a su casa huyendo de mis paranoias a las doce de un sábado, la escucho/ faulker y kafka comparten una silla, indiferentes. Me miro las manos, en una pausa. No están encallecidas, no han trabajado en otra cosa más que en la escritura/

Elisa llora y me cuenta: la maestra hizo una torta por mi visita y los chicos jugaban y corrían y se empujaban jugando. Ella los formó y les fue repartiendo la torta/ me duelen los riñones: esto de tener la ventana abierta a la noche y de estar desabrigado cuando escribo al borde de una de mis crisis es muy malo para mi mala salud/ los chicos tienen la misma ropa todo el año. En el frío y en el calor. Si es de lana, están transpirando a la orilla de la silla, es decir sentaditos al borde de la silla. Son tan chiquitos para sus edades/ Sebrelí me resulta imposible, deslumbra con la bibliografía que cita después de cada capítulo/ Ellos pasaban los dedos por el pedacito de torta y se los llevaban a la boca. No se animaban a comerla/

¿Estos recuerdos son míos?

¿Estos recuerdos son míos? Pregunto a mis manos heladas. ¿Vale más un ojo que mi voz? Puedo ser y no.

¿Alguien me oye? Espero que se vaya. Sí; no, no, ¿dónde estuve ayer? ¿Y dónde mañana?

Alguien que me diga no. No más solos en las casas vacías. No más, no, no otra vez.

Un amigo para dibujarme... Sigo siendo en esta región, sigo pensando que soy. No.

tengo
dos o tres monedas
una carta inconclusa
un poema roto
en el bolsillo.

III- poemas siempre abiertos al dolor

Cuatro colores manchan las paredes. Es temprano; aproximadamente las ocho de la mañana, y el oficial a cargo de las investigaciones entra con los peritos y un vecino desprevenido al departamento.

¿Cómo llegaron aquí?, pregunta el vecino desprevenido como para prevenirse de ulterioridades. Hace una semana encontramos el cuerpo, y el estado de descomposición no nos permitió identificarlo de inmediato, es decir hasta ahora. Pero bueno, los forenses finalmente nos dieron las causas del deceso y preguntando por algunos sitios fue que llegamos aquí. Todo lo que le dije no es cierto —sonríe.

¿A usted no le sorprendió no verlo estos días? No, ya sabe usted cómo son los departamentos: cada quien es cada cual. Yo sólo sé que era profesor y estaba enfermo, lo sé por mi señora y la menor de mis chinitas que siempre se lleva literatura.

Libros, están en todas partes. Tazas de café, colillas, algunas botellas de whisky vacías, de licor, de ginebra. La heladera sólo tiene dos paquetes de café, hielo en el congelador.

En el escritorio, los papeles son innumerables. La letra, ilegible. La máquina de escribir está en el piso. Más libros.

¿Me acompaña al cuarto? Sí, por supuesto, responde solemne. Más libros. La cama desordenada, las persianas bajas, una botella de Tres Plumas a la mitad junto a los botines gastados a los pies de la mesita de luz. En el primer cajón de una cómoda

que también oficia de mesita de luz se distinguen muchos casetes desordenados. El grabador tiene el compartimento del casete abierto. Junto a los casetes hay unos tres cigarrillos armados que el oficial se encarga de colocar en una bolsita y de entregar a uno de los peritos “para laboratorio”.

¿Amigos, parientes? Perdón... ¿Venían amigos, parientes? No, que yo sepa no. Supongo que él los visitaría. Muchas veces, cuando yo salía para trabajar a eso de las siete y media, me encontraba con él, que regresaba...

Existe, es por ahí una idea que me visita con cierta frecuencia: no tengo las... —cómo se dice— las necesidades básicas satisfechas. ¿Y si me dedicase a ciruja? No, esa no es la idea. La idea es pensar (y resolver) qué haré con tantos cuadernos cuando me vaya. No llega a concretarse aún, a entenderse cuál es la idea. Ésta, en resumidas cuentas, es: voy a dejar mis escritos en un cajón que entregaré oportunamente a un mendigo, junto con unos pesos. Él sabrá o no qué hacer con ellos. La idea es desterrarme totalmente...

La nota continúa con una letra cada vez más imprecisa.

¿Conviene, antes de proseguir, determinar hasta qué punto el insomnio, la lucha con la escritura y el alcohol fueron dibujando, con la ayuda de una mano, estos signos? No. No sé.

Cuatro son los cuadernos encontrados en el último cajón de una cómoda (que hacía las veces de mesa de luz). Los cuatro son de tapa dura y en ellos se puede ver una letra cambiante y negra.

Por lo declarado por vecinos y personas próximas en relación laboral, obrante en fojas anteriores, podemos aseverar que el occiso se negó a recibir ayuda médica y profesional. No obstante, pudimos saber que consumía alcohol y otras sustancias. Esto nos permite aseverar que se sumía en profundas crisis depresivas. Fue descripta como una persona de trato agradable, aunque algo retraída.

Voy a mancharme las manos, la vida. Debo contestar, o al menos entender, algunos interrogantes en torno al sentido de esto.

No, no busco evidencias, confirmaciones del ser... Pasa que no entiendo cómo ser. Lugares, palabras son. Siento un espacio enorme —una gran sombra con manchas de luz— en mí. Muchas cosas. También la ausencia de algo, de alguien.

Quisiera obviar puertas y entrar en la irrealidad sin más equipaje que el que me da la inocencia. El problema está en que ya la perdí. Una conciencia gris me pasea por estos sitios y me obliga a mirar.

obviar la sal y las distancias
refugiarnos en un abrazo
perfecto
¿tanto de nada? ¿Más nada?
nadarnos el tiempo hasta llegar
al sueño/ otra vez perfecto
(el abrazo)

¿esto es la vida?
¿refugiarnos en el nos?

Hasta aquí, en general, lo encontrado respondería a un juego ideado desde la sinrazón. Él escribe: el sol, la soledad: la edad del sol. El sol en el pentagrama. Las notas son siete.

Las claves resultan innecesarias, inútiles. ¿Podremos de entender —desentrañar— alguna vez estos símbolos?

Uno de los cuadernos que me permití transcribir casi en su totalidad —lo incompleto de la copia deriva del problema que representa leer una letra muchas veces borrada, borrosa, borroneada— tiene historias cortadas, poemas, como, por ejemplo:

El Emilio camina a deshoras las calles que pueden salvarlo del silencio. Él posee la terrible sospecha de que habrá de ser arrollado por un coche.

El Emilio es un esquizoide que navega con temor y sin brújula la ciudad. Sabe, sospecha, que la sustancia de los sueños se ha apoderado irremediabilmente de sus días. También sabe que su otro respira los aires de los 60 y 70 y escucha *Fat Old Sun* y *The End* con una tristeza agobiante, producto, seguramente, de su mal elaborada educación.

Tengo —cuenta— la sensación de estar fuera de mí. Muchas veces me hallo a mitad de una cuadra y me veo y reconozco cruzando la esquina o al revés: creo estar cruzando la esquina y me sorprendo viéndome en una vidriera, reflejado en ella, a mitad de cuadra.

El miedo a morir y ver mi propia muerte me persigue y me ha perseguido durante años. Muchos años, aún antes de haber nacido. Me veo en los 60:

me veo y soy yo y yo estoy aquí, en los 90, y respiro y respiro con...

Un recurso más. Ya no hay realidad. Pensando en tibios días que no están aquí. Pensando en otros días sin que importe que estén aquí. Es un juego para jugar.

... no comprendo el furor de mis manos dibujando un círculo e innumerables figuras dentro y fuera de él, unas letras sin relación aparente (...) vi un pabellón con muchas camas, en cada una de ellas había un anciano o un cadáver: eran los poetas de esta tierra. Estaban en un tratamiento para revivir. El hospital era una gran incubadora de soñadores atados a sus camas. Yo me asomé por una puerta y vi todas las camas a un tiempo y vi poetas muriendo vivos. Supe cuál es el secreto del universo. Supe que todos los hombres son un solo hombre enfermo que se regenera y pervive y es uno solo, un solo pequeño hombre que se resiste y existe e insiste.

Mañana no habrá dudas ni complejas justificaciones para lo que nos pasa y nos deja de pasar, mañana no habrá bolsillos rotos o brazos inciertos extendidos en la penumbra casi noche, que demanda el pedir.

Conseguí unas sonrisas usadas en buen estado, por unas monedas. Las puse con todo cuidado en una bolsita blanca, que muy generosamente me facilitó el vendedor ambulante. Enfermo, el pobre. Le dije no se moleste. Gracias. Es muy amable. Y resolví en ese instante regalarle una que se resistía a entrar, con las otras, en la bolsita blanca.

Por la ventana lo vi a Charly todo de blanco, cuidando las plantitas del balcón, muy nervioso. Con la regadera, también blanca, y los anteojos oscuros se mueve y limpia las macetas y corre las cortinas y veo el piano y los cuadros en la pared y Charly está inestable y me mira y yo lo veo y no sé qué decirle y él mueve la mano libre y me doy cuenta de que me reconoce y me desespero por decirle que me saque de aquí, que soy una confusión, que hubo una confusión, que yo no estoy loco, que yo no soy yo, que mañana tengo que estar en la casa de Borges porque me invitó a almorzar y él, Charly, me mira y se queda quieto por unos segundos, sólo mirándome. Y yo, de puro boludo nomás, dejo caer una lágrima y le digo paz y bien y toda la onda.

Otra vez la muerte. La palabra muerte es una necesidad. No la muerte en tanto fenómeno, existencia; sino la misma palabra muerte.

Por todos los que se atrevieron a caminar por ella, por los que tuvieron que hacerlo aun sin atreverse, por los que, como yo, saben —o creen, patológicamente, saber— que ella está próxima y tiene

un día establecido para ser. En fin, por los que respiran y por los que respiraron es que no voy a hablar de la penumbra. Voy a hablar de la muerte, del frío y de la sed.

Nuestra labor consiste —consistió— en determinar el grado de referencialidad que nos presenta la letra negra y cambiante del que ahora es el occiso. Sé que este esfuerzo y acaso la misma tarea rebasa lo exigido por la oficina del gobierno. También, que (nos) significó la borradura de nuestras identidades. Nuestra contribución, y cansancio, es enorme, y torpe (como mi dolor). Continuamos la transcripción (continúo la transcripción).

La noche fue llegando casi sin que nosotros lo notáramos. Primero fue un acorde falso en un tema de Spinetta; luego, un malestar muy pronunciado en el estómago de un libro de Arguedas (el de los dos zorros). Nos miramos y, como para espantar los días tristes por venir, sonreímos tibiamente. No alcanzó.

Ella, indescifrable, distante, fue acentuando su color en los contornos ácidos de nuestra casa, y nos habitó.

Suben y suben los rostros y las manos; inútiles en su juego, se aferran a las cosas. Me voy dije sin convicción, y me quedé.

Este afán de ordenarlo todo, todo el tiempo. De ordenar el tiempo, de dejar en el pasado lo pasado y de proyectar para un después y, mientras tanto, desangrar el momento con una urgencia desalmada, desarmado, destrozado; pensando en cambiar los ojos, las manos; ser otro. Otro ya no yo. Ya no hoy...

– Tranquilo, paz. No te des, esperá: mirá a tu alrededor: hay otras formas de volar. No entiendo, no puedo. Si sólo supiera cómo, si pudiera mirarme de otro modo, si descentrarme alcanzase... oh dios, oh dios.

Para qué hablar

(A Oliverio)

El inobvio cruel se acrecienta
en violenta
eropsiquis y violenta el aire
tan así como entonces.
Un bandoneón destruye, triza el espacio
y el trueque del puente en la mañana
neblinosa
presencia es.

Tan sin nada. ¿Por qué me tratás así?
Destiempos
en la náusea existencial
desaires
híbrido de vos, de mí
Nada puede pasar
Nadie me vio, me ve
¿no ves?
Nortumbra desafectado sin sentido
(colosal)
Nociones elusivas, me fui
sí.

¿Vale acaso algo este escribir?
¿Justifica el no dormir, pensar y escribir?
Nadie die for nothing. Comprendeme por favor.
Decí que me escuchás y que me comprendés
No puedo hacer otra cosa, no sé hacer otra cosa
Y me importa esta situación tanto como a vos,
tan ridícula situación como...
adonde voy no llego.

Te escribo ya sin mí. Te escribo para mirar de otro modo; menos tenso soy voy hoy. Un Valium, please... ¿me entendés? Decime que me entendés. Soy tan obvio y me duele esta estridencia de imágenes.

La música de Charly tantea la sombra con una tristeza agobiante. “Tomalo con calma; la cosa es así... Me tengo que ir”.

poemas siempre abiertos al dolor

La noche, la nuit, the night.

Fragmentos caen sobre el cuaderno. La música de un bandoneón me convierte en un insecto, por lo pequeño, por lo insignificante. ¿Debí creer en los demás? ¿Debí insistir en el propósito de confundirme con la sal?

No pasa nada no hay historia, estamos en los márgenes del cuaderno, camino sin pensar en eso. Ya no resisto más y vivo más.

En el extremo de una página un borracho duerme sin pudores y sin sentir la fría presencia del invierno...

Ya no puedo transcribir estos escritos, estos papeles. El cansancio es tal que caben todas las posibilidades, se está siempre en los albores de algo, de alguien. La letra se desplaza: es mi letra y no es mi letra. ¿Referencias? Incoherencias: la verdad es tangible, es la respuesta para quienes han ejercido la razón con una constancia digna de peor dios.

Estoy tratando de desentrañar, con los elementos propios de mi formación, es decir, con la lógica occidental, él o los sentidos que atraviesan con total libertad la letra de este suicida. Parto de un hecho concreto: construyó un mundo de palabras y de música, un mundo delirante: infernal. Es difícil referirse a él en términos más claros.

Continúo:

No

Noche. No

No sé; ¿vos?
¿Me escuchás?

Hábil fue el comercio de solos y soledades; en la situación de un fugitivo que se entrega porque no puede vivir en la duda de una traición o en la inseguridad de las calles...

To se sitúa en la orilla y respira mi aire.

Decididamente fue llegando la sombra y los que pudieron identificarla sólo pudieron identificarla. Tan así, de ese modo, fue la cosa.

Llenar espacios tanto de sentido como de tinta; no importa hasta qué punto nos falle la memoria y su torpe calendario; acaso nos encuentre desalmada la sangre, en tránsito. Esto ya no tendrá valor ni serán necesarias explicaciones.

El desorden nos da mucho.

Sí.

con el dolor de alma tan usual
en estos días/ veo
un mi rostro/ hueco
extraño en el espejo

me siento tan lejos de mí
mañana también está tan lejos de mí
vuelvo a la mesa/ a mis papeles y tomo
bebo ginebra con hielo y limón/ y me
quemo
el estómago/ el alma

escribo ya sin mí
en medio de/
mi sangre inicio un desesperado
intento por/
sobrevivir/ estoy triste
me duele la revolución y/
su memoria que no llega

I

ya sé que el dolor
es un lugar muy grande,
pero también sé que hay otro lugar
en el que crece la ternura.
Es decir, te extraño.

II

fuiste sin haber sido
fuiste ausencia tu recuerdo
atravesado es decir te extraño
y no pude decirlo

tendría que empezar por mirarte
buscarme comprenderme en tus ojos
de casi siempre mañana
u otro cielo la duda

si tu voz tan en mí tu voz de hablarme
sin palabras tu voz de miradas de colores
en las manos tu voz de cuando pasa
un gorrión diverso triste tu voz de mirarme
me ve

habré de dibujarme una camisa enorme
en ella nada más solo en ella te veré mientras
me voy desplazando torpe pequeñito todo
hacia el fondo de una uña alma despeinada
es decir te voy a decir te extraño

(muy bajito por no despertar miedos
de no encontrarte)

sin dudas estoy triste/ decidido

triste no sé

hay en mi costado una

pobre declaración no declarada

pienso con mi costado/ triste imposible/

en vos

y vos no estás

y tengo que decirte

estoy triste de vos

pasa que no alcanzo/ no siento/ no llego

a no extrañarte

no

vos me arrancás

de los días y sus/

fuegos cotidianos/ y me respiro indeciso

cobarde

¿estás allí? ¿estás escuchando mi

triste declaración revolución no declarada/

mi costado de vos?

voy a caminar toda la sombra

pensando en vos

con mi costado de vos/

un ángel se descuelga
cada tanto
de su nube madre
 y cae por aquí
 para encontrar/ beber
 un poco de carne
 limpiar sus alas
 descansar de ellas
habituarle al paisaje

intenta nuevamente
 el descielo
 que lo devuelva
 al barro
 a la sangre
 a los ojos abiertos

a juan a gelman

la voz se dice
en nosotros/ como una
herida abierta/
casi lágrima

juan muerde broncas/ palabras
sangra juan pensando en
paco urondo subversivo
tan duro/ lírico

hablando/ diciendo de costado
muy tímido su miedo
a la muerte y
también a la intemperie/ el exilio

re/
cuerto
tu sangre/ mi voz
cesa en torno a vos
y vos allí en tus cosas
no me ves no me oís
y yo ceso por vos ya sin voz
alucinado/ siempre será igual
decís y me ignorás como siempre
será igual y/ yo sin voz y
yo sin vos

a mar

abris la vida en cualquier parte
soñás un sueño blanco/ habitás
la rosa de tuñón en ella te movés/ ves
lo que gira por ahí
sufrís
sos tus días ideas ideas días
muy de vos/ descubris tiempos
rostros dolor

decís colores
sentís soles creás
ternuras/ las das

un recurso más
ya no hay realidad
pensando
en tibios días que no están aquí

pensando
en otros días sin que
importe que estén aquí
es un juego para jugar/ nada más

no comprendo el furor de mis manos
dibujando un círculo
e innumerables figuras dentro y fuera de él
unas letras sin relación aparente (...)

pensar la palabra (que inicie)
el poema que me absuelva
de tanto amor desalineado
acaso ingenuo que me cerca
me confunde con su luz/ con su voz

escribir asumiendo
los contornos de las cosas
que se desdibujan en el olvido

o

las otras
las que aún me duelen en la sangre
(que la nombra para no sentirse sola)

ella (es impensable un poema sin ella)
me mira desde su centro
su mundo de casa blanca
ordenada/ su juicio de mujer
que sabe lo que quiere

a mí que no sé quién puede
justificar mis insomnios en noches
interminables
que tratan
de convertir mis ojos
entregarlos
decidir/ entre los astros
o la vida/ convencerme
de que es imposible escribir con la palabra
que no llega no llama no abre una línea
un poema
para ella/
para vos

cuando ya no importe

la tristeza/ densidad tan habitada
no cabe sin pudores en
un poema

cuando ya no importe viejo onetti que te pre-
mien o/

te den whisky sin hielo/ mirarás/ verás
tan sin sorpresas como siempre/

estás
en otra cosa
como cuando entonces

violento puente a la náusea/ viejo
te has muerto/ en serio/ andabas en
eso de la pena/ otras tristezas
¿te aburrió la siemprenada?/ ¿la siempre/
vida?

arte porque sí

puedo esperar ¿sí?
puedo esperarte/ digo
esperarte con algo
de esperanza de frío
aún en estos días
esperarte luz
no esta luz/
luz/ otros días/
otra luz/

esperarte hasta el olvido

el agua cae la ciudad noche
nacen en alguna seccional de barrio gritos
es difícil zafar
la vida bien
cambiar de odontólogo de analista

otro cede a la idea se pega un tiro
nada sólo pensar que la cosa fue mal parida
seguir
tener el corazón desierto abierto
anhelar la revolución decir no es un sueño
no
te imaginás
el manual lo hojeás
esperar las condiciones
esperar sí esperar

sí

después no importa/ la duda
antes un trago largo cosa de
quemarse un poco la pena/
insistente siempre/

¿siempre habrá alcohol/ pena?
¿habrá un después que no importe?
¿sedientos silencios amigos?
¿el temor acostumbrado? me voy
con el sin a mi muerte

te veo desde un sentido alterado breve/
me dan hospitales prevención campañas
desconfío de los espejos tramados
de nadas/ asciendo en
torpes simulacros de alcoholes
estoy bebiendo y viviendo caer
la sombra la sombra
caer la sombra caer
la sombra
la sombra

¿de tanta muerte o/
desdén de lo eterno
me venís a contramuros/ pidiendo
no hoy sí siempre pidiendo te salve
vida te viva aun sin entender cómo/
sos/ ser?

no sé decirte no no puedo decirte no
si por lo menos fueras fuera de mi alma/
un tanto sucia de broncas odios penas/
teñida de sangre de hermanitos o/
en la vana memoria pordiosera de justicia y/
esas pequeñas cositas como/
vivir sin miedo/ vivir además de respirar/

(si por lo menos fueras fuera de mí)

y vos... ¿me entendés muerte mía que
me mirás con ternura desde que sé
que soy y que otros no?/

Constancia de infinito

Cuando no todo está en su lugar y una luz indecisa nos mira desde su parpadear en la noche, puedo pensar en la ausencia.

Mar habita en sus ideas ideas días muy de ella.
Habita sus días en abierta declaración distante
desafiante a los miedos
y sus juegos.

Y Charly por ahí gira alucinado muy solo casi sin
aire en la vida que lo sostiene y nada puede redimir-
nos de tanto sol/ ardor ¿alrededor del sol?, ¿de mi
sangre? Dice en inglés *down down love is love*

¿habitaste alguna vez el delirio la locura?

¿sabés lo que es comunicarte con los ojos los co-
lores?

¿interpretar los ruidos/ la noche?

¿estuviste fuera de vos y te viste una cosa chi-
quita, insignificante, mientras el doctor o el enfer-
mero te inyecta por enésima vez un calmante/ un
sedante para que puedas

dormir descansar en paz/ en vos?

¿con otra sombra alcanza?
voy a dejarla tendida amarga

ahora son amenazas golpes hospitales
aquí
dejaré mi yo
dejaré entre muchas otras cosas
mi yo
me estoy pudriendo imposible otra cosa distinta
siempre
aquí mataron murieron amigos sus vidas fueron
siento un triste pudor ¿dónde ser? yo vi/ quise
ver ayudar/ vi brazos sedantes sirenas
no importa vivir dejar vivir/ vi

¿debí cerrar los ojos detener/ ignorar la sangre?
¿parar la vida por desperfectos ayer?
no esperaré el sol la luz desarmaré desamaré
mi historia esta cosa esta noche/ naceré
alto puro
creceré otra voz

entendéme me estoy yendo/ apagando/
voy a dejarte voy a no ser
a vos no te importa vos sos

un momento nada más/ un
segundo denso la duda el metal la salida/
un ojo desalineado perfecto me ve
cruzar
tan sin mí

(quebraré el siempre será igual)

no importa...
yo quiero...
no quiero...
yo quiero...
yo nunca quise estar...

al borde sí al borde al límite en un casi descar-
nado un momento indescriptible inasible mejor
que cualquier otro momento otro signo y la muy
pobre decadencia triste cadencia elusión realidad la
ausencia de una parte de la ecuación ya no hay ecua-
ción ni alternativas solo vos nada más
charly sogá bajón down ¡qué más da!

mañana está tan lejos de mí

Los caminos fueron llevándome a un sitio muy alto. No me importó descubrir que el sol no era el sol sino una lámpara de miles de vatios colocada muy a propósito en el techo; es decir que aquello azul no era el cielo y sus adyacencias. Era, sí, un cielo raso azul con una lámpara enorme, y sus adyacencias. Pero, ¿a quién le importa? Nace una flor, todos los días sale el sol...

¿Viste cuando se te cierran los ojos y vos te esforzás por no ceder, dormir, caer?... Es un juego muy frecuentado estos días, en estos tiempos. Un juego perverso, pensado desde la gran duda despierta, amanecida.

¿Terminé con mi labor, esta cosa?, ¿otra vez fue? Nadie podrá entenderlo, hay una voz en mí, una voz que me habla, susurra, grita. Una voz. Mis manos no pueden con todo el hábito junto (hábito que descubro mío): el dolor de estar sin querer estar. De estar siendo.

Sí, nadie podrá entenderlo: me asfixia la luz y la voz en mí.

Salta, noviembre de 1994.-

nos tenemos que encontrar
yo vengo de otra tierra
de otro sol...

encontrarnos / nos tenemos que encontrar
¿en otro sol? ¿dónde estás? ¿de dónde sos, charly?
¿viste que no había nada?
¿no hay nada?
¿qué hacemos? ¿qué haremos?

¿amor, nada más?

¿alcanza,
charly?

tan sin mí

I- todo sucede muchas veces,
· .9
un sueño,
· .29

II- el ruido,
· .53
el ruido,
· .75

III- poemas siempre abiertos al dolor,
· .79
poemas siempre abiertos al dolor,
· .94

Los fragmentos que se inscriben en este texto de múltiple forma exigen al lector una mirada atenta a los intersticios, a las elusiones, a los desafíos. Texto sin género y, sin embargo, en todos los géneros, incorpora al entramado de su voz todas las voces en un trayecto que no parece tener comienzo ni fin, desde el acápite lírico hasta el propósito —también lírico— en el que queda suspendida la lectura.

El lector, mientras transcurre por el tiempo de las palabras negras sobre las hojas blancas, queda atrapado por esa densidad tan humana que involucra a más de uno. Esa maraña tejida de sonidos y símbolos. Sonidos de música y de voces, símbolos de la vida cotidiana en la que todo sucede muchas veces. En ese suceder sin sucesión, el mundo posible de la utopía es la elusiva presencia anulada por la muerte, nombre posible de la mediocridad. La Escritura es su derrota, la escritura-huella, el trazo de la memoria-melodía, color, palabra; memoria de todos en la voz del uno que escribe, se sumerge y duda de ser un soy: tengo/ dos o tres monedas/ una carta inconclusa/ un poema roto/ en el bolsillo. La mano que escribe y el ojo que lee; la voz que habla y el oído que escucha. Canto y llanto; presente sin pasado y sólo presente buscando los sonidos y los símbolos que les den consistencia. Sonidos y símbolos que quedarán atrapados en las páginas de muchísimos cuadernos en el momento de la partida; sonidos y símbolos para otros, cuando asome esa mañana que está tan lejos de mí y, sin embargo, tan cercana.

Sonidos y símbolos que se enlazan en una sola forma en el epílogo (de la vida, del texto):

*encontrarnos/ nos tenemos que encontrar
¿en otro sol? ¿dónde estás? ¿de dónde sos, charly?
¿viste que no había nada?
¿no hay nada?
¿qué hacemos? ¿qué haremos?
¿amor, nada más?
¿alcanza,
charly?*

La duda abre otra vez el camino a la utopía, al lugar posible de todos los encuentros: el lugar posible del amor ocupando el vacío de la nada, de la mediocridad, de la in-significancia.

Zulma Palermo

